

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administración.	15 reales.
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin de enero, se servirán renovarlo á tiempo, si no quieren experimentar retraso en el periódico.

Igual aviso damos á los comisionados de la venta pública.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Quiero y no puedo.

Quiero y no puedo se llama la comedia de Eguilaz que estuvo en ensayo en el teatro del Príncipe, y que no llegó á representarse por enfermedad de don Julian Romea.

Pasemos por alto la alegría con que el empresario del Príncipe debió ver la retirada de una comedia en la cual habia fundado muchas esperanzas.

Un empresario, despues de largas meditaciones, hemos convenido en que se parece mucho al hombre, y en calidad de tal tiene el privilegio de discurrir acertadamente algunas veces.

El empresario del Príncipe debió discurrir así cuando empezaron los ensayos de la comedia de Eguilaz:

—Pues señor, el año no se presentó bien, pero parece que la cosa se va enmendando. El repertorio de Delgado me proporciona algunas entradas, y si la comedia de Eguilaz responde á lo que de ella esperan cuantos la conocen, tendré unas Pascuas buenas, re-
tebuenas.—Que me pide el autor una decoracion, la hago.—Que me pide muebles nuevos, los mando construir. La comedia y las Pascuas darán para decoracion, muebles, compañía, tanto por ciento, y el desquite de algunos atrasos. Estoy contento, sí señor; la cosa no va tan mal; me alegro de ser empresario y de poder pagar á todo el mundo.

Supongamos que despues de este monólogo, entra el empresario en la escena donde se ensaya la comedia, y le pregunta al director:

—Diga Vd., D. Julian, ¿se puede fijar el día para la primera representacion?

Y D. Julian, embozado en su capa hasta los ojos, saca primero la mano, despues con la mano baja el embozo hasta dejar paso á la nariz, detrás de la nariz asoma la boca, y por la boca deja salir estas deliciosas palabras:

—Amigo mio, lo siento mucho, pero estoy enfermo; y no puedo hacer la comedia.

—Peró, D. Julian, ¿qué va á ser del teatro en estas fiestas, qué va á ser de la empresa, de los gastos hechos, de los autores...

—Todo eso lo tengo en cuenta... pero la salud... ¡imposible!

—¡Haga Vd. un esfuerzo, D. Julian!

—Amigo mio, yo *Quiero, pero no puedo*.

Y la verdad es que el Sr. Romea sigue enfermo. Así, al menos, acaban de decírmelo.

Aparte de la consideracion que siempre he tenido al talento del Sr. Romea, el triste estado de su salud pone un sello en mi lengua y ata mi pluma.

Esta razon es suficiente para que yo no continúe

sacando las deducciones que me habia propuesto de la retirada de la comedia *Quiero y no puedo*.

Por otra parte, si he descendido á buscar entre bastidores el fundamento de este artículo, es porque el título de la comedia de Eguilaz conviene hoy á mi propósito.

¡*Quiero y no puedo!*

A esto parece que se reduce ya toda la ciencia de mis contemporáneos.

Desde que las comedias, los periódicos y los escritores epigramáticos empezaron por hacernos ver—lo que quizá no era cierto—que en la sociedad se despreciaba y se rechazaba á todo el que no iba vestido á la última moda, hemos llegado á creer que el traje es el hombre, y el hombre, el armazon del traje.

Rebajado nuestro cuerpo hasta hacerlo cortesano de un pedazo de saten, las consecuencias no se hicieron esperar mucho tiempo.

Una vez vestidos todos con elegancia, era necesario buscar otra cosa que nos distinguiese: y vino el coche, y las reuniones, y los bufés, y la casa de campo, y la servidumbre con librea, y los viajes al extranjero.

Oyendo ó leyendo todos los días el eterno epigrama contra la sociedad, nos hemos figurado que la honradez, la palabra de honor, los sentimientos del corazón, todo nos sobraba con tal de poseer un frac nuevo y unos guantes blancos. Hé aquí los resultados de la sátira cuando se ejerce sin una idea, sin un fin determinado.

Convengamos en que el mal sigue en aumento; ustedes recordarán haber oido por todas partes la especie, dicha con más ó menos gracia, de que hoy día el que *no tiene un millon no se atreve á salir á la calle*.

¡Dios quiera que no haga tanta suerte como la del traje!

Dá lástima asomarse á algunas de esas casas cuyas familias se hacen notables por su lujo en el paseo, en el teatro y en las reuniones.

Las bajezas más refinadas, las inquietudes más atormentadoras—sufren á cada momento por sostener delante de los demás un esplendor imposible.

¿Y qué alcanzan, me he preguntado muchas veces, qué alcanzan en cambio de esos ocultos dolores? La satisfaccion de la vanidad... ¡aire, humo!

—No lo comprendo, podríamos esclamar como Caltañazor en una zarzuela.

Pobres que quieren pasar por ricos, hé aquí la ambicion;—ricos que desprecian á los pobres, hé aquí la consecuencia.

Con el *quiero y no puedo* hemos llegado á esta tan lamentable situacion.

Voy á terminar por un rasgo bíblico, que será el resumen de lo que me he propuesto expresar en el presente artículo. Atencion:

La parábola del lujo.

Llegará un día en que los elegantes se juntarán.

Y bailarán muy tiesos.

Y entrará en el salon el hijo del hombre, pobremente vestido.

Y todos al verle, se reirán de él.

Y el hijo del hombre dirá:

Aquel de vosotros que haya pagado el frac, que se ria de mí.

Y todos se pondrán muy serios.

Luis Rivera.

EL MAPA-MUNDI DEL CARDENAL GAETANO.

(Anécdota.)

Ninguno de mis lectores ha conocido seguramente al Papa Benedicto XIV, ni yo tampoco; pero es muy posible que alguno sepa, como yo lo sé, que era un anciano de carácter alegre y jovial, que sabia unir las gracias de un hombre de mundo con la severa majestad de su cargo. Uno de los que con más frecuencia le daban asunto para sus chanzonetas, era su médico, el distinguido doctor Lussini, que más que por su ciencia, sentía un verdadero fanatismo por la geografía, gastando su tiempo y su fortuna en buscar y adquirir cartas y globos para su coleccion.

Tenia por entonces el ilustre Pontífice un secretario, el cardenal Gaetano, al cual estimaba mucho, y el cual, así como el siervo de los siervos de Dios, padecía una enfermedad muy incómoda, cuyo nombre hubiera parecido mal en la boca destinada á ser el órgano del Espíritu Santo. Benedicto XIV habia encontrado una expresion que le evitaba el compromiso de nombrarla, al preguntar diariamente al cardenal cómo le iba con sus *hemorroides*. Le hablaba de su *mapa-mundi*, y de este modo nadie comprendia el verdadero objeto de la pregunta.

Una tarde que el Pontífice y su médico paseaban juntos por una de las galerías del Vaticano, recayó la conversacion sobre geografía, y despues de un largo discurso de Lussini, exclamó el Santo Padre:

—Doctor, crees conocer todas las cartas y mapas más notables, y de seguro no tienes en tu coleccion nada comparable al mapa-mundi del cardenal Gaetano.

—¿Es posible, señor? respondió el médico geógrafo. Ignoraba que su eminencia fuera aficionado á esos estudios...

—¡Oh!... interrumpió el Papa, el cardenal no tiene más que ese mapa-mundi, pero cuantos lo han visto aseguran que es una cosa muy notable... Ve cuando quieras á su casa, y pídele de parte mia que te lo deje examinar. Sobre todo, fijate bien en los puntos cardinales...

El doctor no se hizo de rogar; corre al palacio de su eminencia, y hace que le anuncien el objeto de su visita. El cardenal se hallaba en cama y en uno de los instantes más crueles de su padecimiento.

—¡Qué bueno es Su Santidad! exclamó al recibir el anuncio. ¡Cómo pagarle su atencion!

Dicho esto se arregló como pudo detrás de las cortinas de la cama; las descorrió en seguida, y presentó al entusiasta geógrafo un mapa-mundi de una especie nueva, y ciertamente muy singular...

No era aquello lo que esperaba ver el doctor Lussini, que se quedó inmóvil y mudo de asombro ante semejante aparicion.

—Y bien, amigo mio, le dijo el cardenal, haced vuestro exámen, y marchad á dar cuenta á mi augusto protector del estado infeliz en que me encuentro. Sobre todo, no dejéis de manifestarle mi eterna gratitud por sus cuidados.

El médico no quiso ver ni oír más; comprendió la broma de que habia sido victima, y juró no volver á ha-

cer más estudios geográficos, vendiendo en pública almódena sus preciosidades.

Las cartas y mapa-mundis del doctor Lussini se encuentran todavía por Italia; lo que desapareció hace ya mucho tiempo es el mapa-mundi del cardenal Gaetano.

M. del Palacio.

MURMULLOS.

Figúrense Vds. que no tengo nada que hacer, lo cual es natural siendo español.

En esto me traen *El Artista*, un periódico. Poco después leo que en el baile de los señores marqueses de la Puente, estuvo la hija de un banquero que se ha casado de una manera novelesca.

Esto me interesa; la alegría se pinta en mi rostro.
—¿Qué es eso? me dice mi patrona.
—Nada... que ha caído que hacer.

La hija del banquero vivía en frente de una casa de huéspedes; en la casa habitaba un estudiante de medicina; los cristales de los balcones no tenían visillos, y la hija del banquero se estaba hasta las tantas de la noche observando al estudiante.

Pero el tal, en vez de acostarse—sin duda por temor de que le viesan—se pasaba la noche escribiendo en un libro.

—Quiero ese libro, dijo la hija del banquero; sobornó al ama de huéspedes, y el libro mudó de habitación. La joven se encerró aquella noche con el libro.

Entre otras cosas, leyó que la tarde tocaba á su fin, que se oía el monótono son de la campanilla de algun ganado que caminaba hacia el establo, etc., etc.—En aquel libro estampaba sus impresiones el joven estudiante.

La hija del banquero, que sin duda estaba suscrita á *Las aves nocturnas*, encontró aquella prosa más sustancial que la de Puerta; se guardó el libro, y al llegar el verano fué, con permiso de su papá, al pueblo en que habitaba el autor.

—Y allí, ¿qué pasó?
El revisero cuenta que se presentó en casa del joven, y dijo: «Alberto: sé que Vd. me ama, yo le amo á usted también. Todas las frases de amor que he oído pronunciar á mi oído, que han sido muchas, no han podido hacer palpar mi corazón ni producido en mí la estraña emoción que las palabras escritas en este libro, que yo mandé que le quitasen... ¿Quiere Vd. ser mi esposo?»

LA SEÑORA DEL 13. (1)

(Continuación.)

—Bueno; déjame.
—¡Hasta luego!

IX.

Ruptura de hostilidades entre el papá y el niño.

Decidido á no abandonar la aventura comenzada; dispuesto á amar á aquella mujer por toda la vida, y animado del más heroico valor para combatir los planes de su padre, entró Aristides en su cuarto, creyéndose, si no feliz, por lo menos próximo á serlo.

La esperanza es el barniz con que se dora la píldora de la vida, ha dicho un escritor conocido:—creo que he sido yo.

Aristides abrigaba la esperanza de que la desconocida le amaría, si no le amaba ya, y este solo pensamiento le tranquilizaba en medio de sus inquietudes.

Tomó una pluma y escribió lo siguiente:

«Padre mio: Su carta de Vd. me ha proporcionado la alegría que siempre produce en mí la expresión del cariño paternal y el dolor que á todos nos causa la imposibilidad de complacer al hombre á quien debemos respeto y cariño.

«No puedo obedecer á Vd., padre mio. Amo á una mujer ciegame, y solo á ella consagraré mi vida.

«Respeto cuanto pueda ligar á Vd. á la condesa viuda de Nebbia, pero no puedo amarla.

«No la conozco ni estoy enterado de sus cualidades, pero me basta saber que Vd. la considera como mujer intachable.

(1) Véanse los números desde el 27, correspondientes al día 3 de enero.

—¿Y qué ha pasado?
—Nada, que se han casado, que estuvieron en el baile consabido y que se han ido al pueblo á oír el son de la campanilla de algun ganado caminando hacia el establo.
Un banquero.—Si los ganados van al establo, ¿á dónde irán los perdidos?

¿Quién es ese personaje que entra tarde en los teatros, taconeá, va á su asiento, á las damas saludando, llega á su butaca—siempre con el sombrero calado—el *sobre-todo* se quita, sonríe al dar un vistazo, se sienta y juzga en voz alta como diciendo:—«¿Soy algo?»
LA FAMA.—Ese personaje que ves es don Juan de Castro.
—¿Y hace papel?

—Yo lo creo, el *Diario de Teatros*.

—¿Quiere Vd. decirme qué es lo que pasa en el teatro de Jovellanos?

—Una cosa muy triste.
—¿Cuál, cuál?
—Que no pasa nada... por eso están aburridos los abonados.

—Pues no pueden quejarse, porque este año se han hecho en el teatro grandes obras.

—¡Hombre, calle Vd.!

—Le digo á Vd. que sí.
—¿Qué obras son esas?
—Las que mandaron hacer los propietarios para adornar el teatro.

La compañía que dirige el activo y celoso Sr. Catalina dejará libre el teatro en marzo. La pobre necesita descansar.

Actó continuo ocupará su puesto otra compañía. En esta compañía figurará en primer término el señor Mata.

Detrás de él varios poetas que se han empeñado en que sea un primer actor.
Se representará *Quiero y no puedo*.
Saldrán otras obras que están en cartera, y Salas y Gaztambide se mirarán diciéndose: *Eureka*.

«Si su corazón es bueno y generoso, si en efecto me ama, que haga por mí el sacrificio de evitarme su recuerdo y su presencia. La suerte lo quiere así. Mi amor hacia otra mujer es inmenso. ¿Cómo, si no, podría yo desobedecer á mi querido padre?

«Pido á Vd. perdón, con toda mi alma, de esta falta, si así quiere Vd. llamarla. No me pertenezco.»

Y después Aristides escribió las palabras de ordenanza en toda carta cariñosa.

Leyó dos veces lo que había escrito, y dijo:
—Sucedá lo que sucedá, mi resolución está formada.

En seguida se tendió en el sofá y comenzó á cantar:

¡Rendete á me la speme

lasciátemi morir!

X.

«Cuanto más pronto, mejor.»

Pero á los pocos minutos, Aristides, que aunque cantaba no olvidaba lo que le convenia, pensó lo siguiente:

—Es el caso que si esta carta no sale mañana, no sale hasta pasado mañana.

Como se vé, Aristides era un gran pensador. Continuó pensando.

—Y es el caso que yo quiero salir pronto del paso, y que estoy deseando que mi padre sepa lo antes posible que su proposición no me petá.

Se levantó y se puso el sombrero. Continuó pensando:

—¿Qué me cuesta volver á salir, ir hasta el correo, que así como así no está muy lejos, y darle de cenar á uno de los leones?

—¡Si señor que lo haré! ¡Voy ahora mismo á poner por obra este gran pensamiento.

Y salió de su casa, fué al correo, y echó la carta por la boca de uno de los leones aquellos, y se volvió á su casa diciendo:

Se ha publicado un tomito de poesías del Sr. Villa, con un prólogo de Escrich.

- En este prólogo nos dice:
- 1.º Que es autor viejo.
 - 2.º Que el autor de las poesías es uno de los jóvenes que esperan la celebridad con el alma repleta de ilusiones.
 - 3.º Que hace pocos días contemplaba desde la ventana de su despacho los árboles de su jardín.
 - 4.º Que aquel día era lluvioso y triste.
 - 5.º Que ha abandonado voluntariamente á Madrid por convenir así á su espíritu.
 - 6.º Que el autor de las poesías y un amigo de la infancia fueron á consultarle.
 - 7.º Que le entregó el autor el manuscrito, lo dejó en una mesa, lo leyó por la noche, y vió—á pesar de estar á oscuras,—que era poeta, y
 - 8.º Que el prólogo no es prólogo, sino algunas palabras improvisadas.
- El público.*—¡Bien, hombre... bien! ¡Que se repita! Estas cosas no pasan más que á los hombres célebres. En cuanto á las poesías del Sr. Villa, son los primeros ensayos de un joven que promete.

Me parece muy bien que se exija á los maestros de declamación del Conservatorio el grado de bachiller en artes, pero no veo razón para que no se exija á los alumnos.

¿No han de ser con el tiempo maestros?

Ayer se formó un corro en las Cuatro Calles para ver á un charlatan que vendía... cualquier cosa.

Entre los circunstantes había un joven pulcramente vestido con un gaban de una blancura inmaculada.

Un carbonero llega, quiere ver y con su súcia mano toca el codo del elegante.

Este se irrita.
—No se acerque Vd. á mí, dice alejándose del carbonero, mi codo no es rodilla.

Bias Pérez.

CABOS SUELTOS.

La pieza *El joven audaz*, si bien se la considera, es cual la brisa, ligera, y cual la brisa... fugaz: (¡no encuentro mejor manera de decir que duerma en paz!)

—¡Ea! Ya está hecho. Mañana sale la carta á primera hora, pasado mañana la recibe papá y estamos al cabo de la calle.

Volvió á entrar en su cuarto, se volvió á tender en el sofá, y empezó á tararear de un modo... admirable.

XI.

Historia de un joven pamplonés.

Juanito volvió al teatro, *vió salir á las mujeres*, y apoyándose en el brazo del vizconde, se dirigió al café de la Iberia.

¿Y quién es ese señor vizconde? preguntará el curioso lector en este momento.

El autor de esta novela responde en los siguientes términos:

—El vizconde de Rifredi, hijo de la vizcondesa Rifredi, veneciana, español y natural de Pamplona, es un joven muy guapo, alto, de ojos negros, de nariz un poquito enorvada, y de color moreno. Lleva gafas de cristales oscuros; ha suprimido el bigote por innecesario y tiene veinticinco años. Vive en el hotel de los Príncipes, gasta un dínaral al año y lleva luto porque se le ha muerto su madre. Está solo en el mundo y se aburre de todo. Su nombre es Roberto.

Queda servido el lector curioso, y continuó.

El vizconde y Juanito se dirigieron al café de la *Iberia*, á ese café donde van todos los políticos, todos los pollos, todos los periodistas y alguna aficionada de cuando en cuando.

—¿Qué me cuenta Vd., carísimo vizconde? dijo Juan al llegar á la Puerta del Sol. ¿Continúa Vd. tan aburrido?

—Siempre; respondió el vizconde. El hastío ha llegado á serme necesario. El día que estoy un poco alegre creo que estoy malo.

—¡Bravo! ¡Eso es muy original!

LA JORNADA DE UNA MUJER ELEGANTE.—(PRIMERA PARTE.)



Por la mañana (el domingo).—A misa.

Por las tardes.—A paseo.

—Crea Vd. que no me he matado hace tiempo porque no sé si despues de muerto estaré mejor que ahora.

—Es de suponer que estará Vd. mejor.

—Pues precisamente por eso no me mato.

—Vizconde, me asombra Vd. No he visto nada parecido á ese carácter que Vd. tiene.

—¡Bah, bah! Tenga Vd. cien millones; gástelos usted en cuatro ó cinco años recorriendo la Europa, el Asia y parte del África. Compre Vd. el amor á precio fijo en todas partes. Llegue Vd. á saber qué gusto tienen todos los vinos del mundo, y qué corazon todas las mujeres de la tierra, quédese Vd. sin padre, sin madre, sin hermanos, sin primos, sin amigos y sin aspiraciones; vea usted todo lo que se puede ver, haga Vd. todo lo que se puede hacer, y llegue Vd. á convencerse de que el mayor de los placeres no dura más de tres minutos, y exclamará usted como yo: ¡Pues señor, me fastidio soberanamente!

—Acaso...

—Indudablemente seria una gran cosa eso de pegarse un tiro, si supiese uno que con morir descansaba; pero abrigar la duda de que tal vez despues de muerto le han de zarandear á uno, ya sea para bien ó para mal, es para detener la mano á cualquiera. Aguardaré tranquilo á que la pulmonía, el cólera, la fiebre, cualquiera de esos regalos que le debemos á un desliz de la primera mujer, vengán á cargar conmigo. ¡Entre tanto, vamos á cenar á la Iberia, y... adelante!

—Vizconde, deme Vd. la mano.

—¿Qué, se va Vd.?

—No, señor, pero quiero manifestarle mi admiración; ¡apriete Vd.! ¡Es Vd. un tipo, y yo adoro los tipos!

—Gracias.

Llegaron al café, sentáronse á una mesa, pidieron jamon en dulce, les sirvieron una cosa que lo parecia, y entre bocado y bocado, el vizconde dijo:

—Amigo mio, ¿quiere Vd. oír una historia?

—¡Sí, señor, con mucho gusto! exclamó Juan. ¡Mozo! ¡Una chica de Champagne!

—Juanito, dijo el vizconde, Vd. ha sido siempre un buen amigo mio, y tal vez el que más confianza me inspira.

—Vizconde, me aplasta Vd. con tantas bondades.

Ahora bien, voy á darle una prueba de mi amistad y de mi confianza, contándole lo que á nadie he contado.

—Soy todo oidos.

—No sé si sabrá Vd. que desciendo de una familia italiana.

—Su apellido de Vd. lo pregona.

—Ciertamente. Mi padre, en uno de sus viajes á España, se detuvo en Pamplona. Mi madre estaba en cinta y yo ví la primera luz en la capital de Navarra. A los dos meses que yo naciera, salieron de España mis padres; no volví á este país hasta hace cuatro años. Puede usted comprender, pues, que aunque español, no pertenezco casi á mi patria.

Murió mi padre cuando yo tenía quince años. Mi madre le sobrevivió dos. Perdí todo lo que amaba en el mundo, y juré llevar luto constantemente por aquella santa mujer, en quien adoraba. Hay quien dice que este luto es una extravagancia: para mí no lo es, y lo llevaré siempre.

Heredé una inmensa fortuna. Me encontré solo en el mundo, y fuí calavera.

Referir ahora los desórdenes míos, mis aventuras novelescas, mis lances y mis cosas raras, seria cuento de nunca acabar. Baste decir á Vd. que en una quinta que yo poseía á legua y media de Florencia, llegué á reunir hasta veintidos jóvenes tan calaveras ó más que yo, y que mi casa llegó á ser el centro de todas las operaciones de la campaña que emprendimos contra el bello sexo. Allí venían las mujeres á docenas, amigo mio. Duraban las orgías días y noches enteros. Tres de mis amigos murieron en medio de una fiesta. Dos espiraron víc-

timas de la tisis. Otros dos sucumbieron en un duelo á manos de maridos intolerantes. Los demás, ó se casaron, ó se fueron á viajar para buscar emociones nuevas. Yo vendí mi casa de campo y otras fincas que poseía en Florencia, y cambié de aires, porque comenzaba á aburrirme.

Llegué á los veinte años habiendo disfrutado de todo. El placer ya no me satisfacía. Necesitaba algo ideal, algo nuevo, algo que yo no comprendiera bien.

Una de las cosas que yo no comprendía bien era la virtud de la mujer. Esa virtud que llega hasta el heroísmo; crea Vd. que hay muy pocas mujeres verdaderamente virtuosas. No quiero decir con esto que no hay ninguna.

Antes de abandonar la Italia quise pasar una temporada en Venecia, cuna de mis padres, y ciudad donde yo tenía haciendas, terrones de mis antepasados, que queria vender, supuesto que no pensaba en volver á Italia. Llegué, pues, á la poética ciudad, y me dí á conocer entre los amigos de mi padre.

Uno de ellos, el príncipe Gola, me invitó una noche á un gran baile con que celebraban los días de su esposa. Yo detesto los bailes; pero sospeché que podia distraerme dos ó tres horas, y acudí á la cita.

Los salones estaban deslumbrantes. Se habia reunido en ellos la sociedad más distinguida de Venecia.

Entablé conversacion con un alemán muy grave que observaba con infantil afición todo lo que á su alrededor pasaba, y en cuanto adquirí un poco de franqueza con aquel caballero, le dije:

—Me pareceis observador.

—Eso dicen, respondió el alemán.

—Pues bien; veamos si una observacion mia está en consonancia con las vuestras.

—Decídmela.

Eusebio Blasco.

(Continuará.)

El miércoles se verificó la inauguración del teatro de Quevedo, en el barrio de Pozas.

El teatro es bonito y merece la protección de los vecinos: en cuanto a la compañía, á excepción de las damas, que dijeron su papel muy discretamente, los demás podían irse á trabajar algo más lejos.

*
**

A consecuencia de la mucha humedad que, aun á pesar de las estufas, tienen las paredes del edificio de la Exposición, algun cuadro se ha venido al suelo, lastimándose, como es natural.

Con estas caídas no habrán contado de seguro los artistas. Verdad es que no serán las más dolorosas.

*
**

Dentro de algunos días se verificará en el salón del Conservatorio un notable concierto á beneficio de la Asociación musical de socorros mútuos.

Que no he de faltar advierto, aunque ande mal de intereses, pues hace ya muchos meses suspiro por un concierto.

*
**

La Correspondencia anuncia que se traspasa un colegio de niños, y que dará razón del traspaso un profesor de veterinaria.

Suponemos que esta será una de las asignaturas.

*
**

Hace pocas noches salían dos paletos del teatro del Príncipe.

—¿Cuál te ha gustado más de los actores, preguntó uno de ellos al otro; *el zapatero, ó el rey?*

—Hombre, no lo sé; á mí todos me han parecido zapateros.

*
**

Segun cuenta un periódico, se trata de abrir uno de los antiguos brazos del Nilo.

Ahí tienen Vds. unos brazos en los que yo no me echaré nunca, por mucho que se abran.

*
**

La Regeneración se rie de las reformas políticas del emperador Napoleon.

Siguiendo su costumbre, debiera, en vez de reirse, derramar su sangre, esa preciosa sangre que todos los días vierte á torrentes y que siempre está rabiando por saltar en las venas de sus suscritores. Así estarán de gordos.

*
**

El geroglífico de hoy es muy sencillo; quizá por esta razón tarden algo en acertarlo nuestros lectores.

*
**

El torrente de *La Regeneración* continúa creciendo.

Desde Benifaraig escriben á dicho periódico que allí hay cuatrocientos y el que firma la carta, entre chicos y grandes, «que protestan todos en alta voz á la faz del mundo entero que están dispuestos á derramar su sangre y perder sus vidas»... etc.

*
**

Otro le escribe de Huelva diciendo que no cree habrá un solo español que no esté dispuesto á derramar su sangre.....

El capellan de Montenegro dice que allí todos son pechos fieles y dispuestos á derramar la última gota de su sangre.....

En resumen: cuando terminen las cartas de *La Regeneración*, sumaremos un millon de capellanes dispuestos á derramar su sangre.

¡Y ninguno la derramará!

Como una prueba de lo bien que pone la pluma el capellan de Tabagon, copiamos la siguiente súplica que dirige al Padre Santo en una carta publicada por *La Regeneración*:

«Venid, y venid tambien á esta parroquia, *Finisterre*, San Miguel de Tabagon, limítrofe de la del Valle del Rosal, de la que soy oriundo (*lo sabrá la historia*), donde presentábais el beneficio simple, antes de la abolición del precepto eclesiástico del diezmo, como el más pingüe beneficio que se conocía en la diócesis de Tuy. (*¿Qué recuerdo, Leonor!*)

Venid, ungido del Señor á esta parroquia y casa rectoral, que aunque rural, es por su situación la más pintoresca acaso del obispado. Venid y vereis su espaciosa campiña á manera de alfombra en toda estación, siempre verde (*perdonadle el estilo, Santísimo Padre*), su anchuroso río Miño con sus apacibles aguas cristalinas, que con ráudo vuelo se une en la barra del mar su madre. (*¿Quién es la madre, el mar ó la barra?*) Venid, Santísimo Padre, y vereis á la márgen opuesta las no menos hermosas campiñas y pueblos del vecino reino de Portugal. (*¡Digo, digo!*) Venid, repito, beatísimo Padre, y esta casa con su persona é intereses, todos, todos se pondrán y están á la disposición de Su Santidad, adhiriéndose con el que suscribe, sus sobrinos únicos, sirvientes, su clero y feligreses, que por todos firma el más mínimo capellan, que respetuosamente postrado ora y B. L. Piés de S. S.—*Domingo Antonio Lorenzo.*»

*
**

Todos los periódicos han hablado del triunfo conseguido en Milan por la señorita *Giulietta Colbrandt*.

Yo me alegro tambien mucho de que esta cantante española deje por ahí fuera el pabellon bien puesto.

Lo único que advierto á ustedes, es que á pesar de que en Milan se llama como hemos dicho anteriormente, aquí la conocemos por otro apellido.

—¡Hombre! ¿de veras?

—Si, señor.

—¿Y Vd. la conoce?

—Y Vd. tambien.

—¿Pues quién es?

—No se acuerda Vd. de Julia Espin y Guillen, aquella chica alta, bonita, elegante.....

—Basta..... ¡Me ha gustado siempre!

*
**

Un periódico que se publicaba en Barcelona con el título de *La Iberia artística* ha trasladado á Madrid su domicilio, dirigido por su antiguo director Sr. Parera.

Reciba el forastero un apretón de manos de GIL BLAS.

*
**

El alma en el siglo XIX.

SONETO.

—¿Por qué cae de tus ojos triste llanto?...—

un jóven á su amigo le decia

hallándole en la calle cierto día.

—Responde; di, ¿por qué padeces tanto?

¿Por qué es esa tristeza, ese quebranto?..

¡Por verte alegre, el corazón daría!..

¿Sufres, quizá, el rigor de alguna ímpia,

ó de tu juventud voló el encanto?..

—Nada de eso me aflige, majadero;

solo pasa ¡oh dolor! que estoy muy pobre,

y, ni de oro, de plata, ni de cobre,

tengo un céntimo ya... ¡Dame dinero!

¡Vuelve á mi pecho la perdida calma!..

—No te lo puedo dar... ¡Eso es mi alma!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

*
**

Nuestro apreciable colega *Los Sucesos* nos dió el otro día un dibujo con siluetas festivas: una de estas representa, al parecer, el paseo de la Castellana en un día de nieve.

Lo primero que vimos fué una pareja en un trineo.

Esto es tan exacto, como si en un baile en las Tullerías se presentase una pareja de toreros.

¡Trineos en la Castellana! ¡*Risum teneatis!*!

*
**

Epigramas.

Un bizco me dijo así
en una tertulia:—Aquí
eres, chico, *mal mirado.*

Contestéle incomodado:

—Únicamente por tí.

Ayer don Juan ponderaba
á su carnícera Irene,
y, entusiasmado, exclamaba:
—¡Vaya unas carnes que tiene!

DANIEL ORTIZ.

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS.

Número 39.

Fué elegante en el tiempo de *la Nana*
y galán en el tiempo de *la Nena*,
y es, como actor, á la española escena
lo que es al ritmo el punto de la Habana.

Ya vista de chambergo ó de sotana,
siempre le escucho con asombro y pena,
que igual el verso entre sus labios suena
que *El Trovador* en boca de una rana.

Supo como empresario hacer fortuna,
y como director hay quien le abona
y le pone en los cuernos de la luna.

De ser artista principal blasona,
y cortando las frases una á una
declama así: *Ya... tengo... la... corona...*

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Pajarete.*

GEROGLIFICO.



(La solución en el próximo número.)

ANUNCIOS.

VERDADEROS BOLOS ANTIGASTRÁLGICOS.—CURAN infaliblemente todas las enfermedades del estómago que no procedan de una lesión orgánica en la viscera. Se venden en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 13, y Lope de Vega, 4.—(12—14.)

BÁLSAMO ANTIREUMÁTICO DE SURINAM.—Único remedio seguro de los conócidos hasta el día, para la curación radical del reuma agudo ó crónico, articular ó muscular. Se vende en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 13, y Lope de Vega, 4.—(12—14.)

PÍLDORAS DEPURATIVAS LAXANTES.—EN POCO TIEMPO nuestras píldoras son apreciadas en España y Ultramar, como lo acreditan los testimonios que diariamente recibimos. Con su uso desaparecen las jaquecas, los dolores de cabeza, las afecciones del corazón, la clorosis, las malas digestiones, la bilis, obstrucciones, las lombrices, las flemas, los humores, etc. Dan apetito y vigor. Hortaliza, 9.—(6—2.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.